



Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social
Naciones Unidas/CEPAL-Consejo Regional de Planificación

Latin American and Caribbean Institute for Economic and Social Planning
United Nations/ECLAC-Regional Council for Planning

ILPES

Institut Latino-Américain et des Caraïbes de Planification Economique et Sociale
Nations Unies/CEPALC-Conseil Regional de Planification

**GLOBALIZACION, ACTORES SOCIALES
Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA */**

Roberto P. Guimarães **/

Documento 97/41

/ Serie Ensayos

INDICE

	<u>Página</u>
RESUMEN	v
ABSTRACT	vii
Preliminares	1
Los distintos "rostros" de la globalización	2
Globalización, mercado y democracia	3
Estado, partidos, gobernabilidad y calidad de la política	5
Actores sociales e institucionalidad democrática	8
El reduccionismo economicista y la "ética" de la globalización	11
Comentarios finales: la globalización de la cultura	12
BIBLIOGRAFIA	15

RESUMEN

El documento tiene por objetivo proponer un acercamiento político-institucional para que se puedan examinar las implicaciones, desafíos, amenazas y oportunidades que presenta el proceso de globalización para los países, sociedades y economías de la región. Es por ello que parte por identificar los distintos "rostros" de la globalización, y que se revelan ya sean en los **vectores** económicos, financieros, tecnológicos, comerciales y otros, ya sean a través de **procesos** como los que subyacen en las relaciones internacionales o en la sustentabilidad ambiental y social del desarrollo. Luego, concentra el análisis en las implicaciones de la globalización para el comportamiento de los actores e instituciones públicas, para concluir con comentarios de orden ético respecto del proceso de globalización. Una de las tesis centrales del trabajo es la de que carece de sentido intentar refundar una nueva sociedad sobre la base de un movimiento de expansión de mercados, aún más cuando se reconoce como motor de la globalización el desarrollo tecnológico. Si esto podría ser cierto en términos netamente productivos, la evolución de la humanidad indica que son los juicios de valor los que deben dirigir el cambio tecnológico, sencillamente porque sin éstos el ser humanos queda sin su humanidad.

ABSTRACT

This document proposes a politico-institutional approach to the study of the implications, challenges, threats and opportunities that globalization presents for the countries, societies and economies of the region. Hence, it begins by identifying the different "faces" of globalization that are revealed either through the economic, financial, technological, commercial or other **forces** or through **processes** such as those underlying international relations or environmentally and socially sustainable development. The analysis then turns to the implications of globalization for the behaviour of actors and public agencies and concludes with observations on the ethics of globalization. One of the main arguments of the study is that it is meaningless to attempt to remodel society in order to serve market expansion, particularly when technological development is recognized as the driving force behind globalization. While such an attempt might be valid if production levels were the only criteria human development dictates that technological change should be based on a certain set of values simply because, without them human beings would be stripped of their humanity.

Preliminares

Quisiera, ante todo, agradecer a la amable invitación de Sara Larraín para ofrecerles mi visión personal sobre la globalización, y felicitar a RENACE y al Foro Internacional sobre Globalización por esta importante y oportúnísima iniciativa de lanzar el debate sobre el tema en Chile. Promover este tipo de reflexión en la disyuntiva actual no podría ser más oportuno, y no podría ser más apropiado que tal discusión se esté dando ahora en Chile, precisamente el país que más hace gala de su inserción "exitosa" en la nueva ola de aperturismo económico hacia el mundo (yo diría "dudosa", pregúntenselo a nuestra moderadora o lean *El Tigre Sin Selva*). Es de esperar, por tanto, que este encuentro represente el inicio de un proceso de discusión de los impactos, límites, beneficios y amenazas de la globalización para la construcción de un nuevo estilo de desarrollo ambientalmente sustentable, socialmente justo y políticamente democrático. En ese sentido, quizás el desafío debiera ser, más que convalidar la globalización, el de estudiar su impacto ambiental y social para los países de la región para poder, así, proponer un modelo y una direccionalidad distinta a los procesos actuales.

Tengo la esperanza de que al final de esos dos días de debate, por lo menos podré salir de acá con una comprensión más adecuada respecto de algunos interrogantes clave sobre la globalización, tales como:

1. ¿Cómo se define la globalización? ¿Cuáles son sus principales características, dimensiones y vectores (tecnológicos, económicos, comerciales, financieros, políticos, institucionales, ambientales, culturales, sociales y otros)?
2. ¿A qué procesos responde la globalización (cambios políticos y de estructura de poder internacional, revolución de informaciones, transnacionalización del capital, etc.)? ¿Cuáles son las direcciones y perspectivas de estos proceso a futuro?
3. ¿Qué implicaciones, desafíos, amenazas y oportunidades presenta la globalización para los países, sociedades y economías de la región (por ejemplo, redefinición territorial del proceso de crecimiento, reducción del espacio público de toma de decisiones, limitaciones a la soberanía nacional, etc.) ? ¿Qué rol puede jugar la región para insertarse mejor o resistir, según sea al caso, a ese proceso (por ejemplo, potencial de recursos naturales, recursos humanos, mercado, innovación tecnológica, capacidad de organización de la sociedad, etc.)?

Como no soy experto en esas materias, me gustaría dejar con ustedes algunas reflexiones para provocar el debate. Debo confesar que al sugerir tales comentarios, lo hago no porque ya tenga una respuesta, sino por estar precisamente buscando aclarar mi

propia percepción sobre el tipo de sociedad que puede estar emergiendo como resultado de la globalización. Debo dejar en claro, además, que lo hago desde una perspectiva de las ciencias políticas puesto que pese a ser funcionario de la CEPAL, no soy economista. Esto me permite dejar en claro, además, que lo que voy a decir no compromete de ninguna manera los planteamientos o la postura institucional de Naciones Unidas o de la CEPAL sobre el tema. Representan, por lo tanto, un punto de vista estrictamente personal. Por último, quisiera advertirles que me voy a concentrar en los aspectos sociales y políticos de la globalización. Pese a mi trayectoria de estudios y de acción en el área ambiental, creo que tenemos aquí a participantes mucho más calificados que yo para hablar sobre esto. Me limito pues al área de ignorancia en la cual disfruto de una trayectoria aún más larga, la de las implicaciones sociales y políticas del estilo de desarrollo en décadas recientes.

Luego de una breve introducción sobre las distintas percepciones o "rostros" de la globalización, pretendo llamar la atención de todos sobre cuatro aspectos, a saber, (1) las relaciones entre globalización, mercado y democracia, (2) las implicaciones de los procesos actuales para la gobernabilidad, el Estado y la calidad de la política, (3) el tema de los actores sociales y de la institucionalidad democrática, y, finalmente, (4) algunas consideraciones éticas respecto del predominio de visiones economicistas sobre el desarrollo de nuestras sociedades. No puedo dejar de resaltar que a raíz de las limitaciones de tiempo, sólo enunciaré los temas que a mi juicio merecen una especial atención.

Los distintos "rostros" de la globalización

Desde luego, el proceso de globalización comprende fenómenos diferenciados que se prestan a distintas interpretaciones, muchas veces contradictorias. Algunos lo definen en términos exclusivamente **económicos** (creciente homogeneización e internacionalización de los patrones de consumo y de producción), **financieros** (la magnitud e interdependencia crecientes de los movimientos de capital) y **comerciales** (creciente exposición externa o apertura de las economías nacionales). Otros, en tanto, acentúan el carácter de la globalización en sus dimensiones **políticas** (propagación de la democracia liberal, ampliación de los ámbitos de la libertad individual, nuevas formas de participación ciudadana) e **institucionales** (predominio de las fuerzas de mercado, creciente convergencia en los mecanismos e instrumentos de regulación, mayor flexibilidad en el mercado laboral). Existen también los que prefieren poner de relieve la velocidad del **cambio tecnológico** (sus impactos en la base productiva, en el mercado de trabajo, y en las relaciones y estructuras de poder) y la revolución de los medios de comunicación (masificación en el acceso y circulación de informaciones, mayores perspectivas para la descentralización de decisiones, posible erosión de identidades culturales nacionales).

Haciendo uso de otro tipo de aproximación a los fenómenos de la globalización como **proceso**, y no como un conjunto de **vectores** específicos, no son pocos los analistas que lo estudian desde la perspectiva de las **relaciones internacionales** y del surgimiento de nuevos bloques económicos, comerciales y políticos, en base a los cambios ocurridos en la polaridad que caracterizaba el mundo de la guerra fría, como asimismo a raíz de las transformaciones ocurridas en los centros de poder hegemónicos. Muchos son también los estudiosos, entre los cuales yo me incluyo, que se acercan a la globalización desde la perspectiva de la **sustentabilidad ambiental y social** del desarrollo. Estos cuestionan, por ejemplo, la racionalidad económica del proceso de globalización vis-a-vis la lógica y los tiempos de los procesos naturales (el capital se ha globalizado, no así el trabajo ni los recursos naturales) y ponen en tela de juicio las posibilidades de la globalización basada en un modelo de crecimiento económico ascendente e ilimitado, en circunstancias en que se agotan muchos de los recursos naturales (fuentes no renovables de energía, fauna, flora, etc.) y se debilitan procesos vitales para la estabilidad del ecosistema planetario (ozono, clima, etc.). Los que se inscriben en esa corriente apuntan, además, a la insustentabilidad social del estilo actual de desarrollo en situaciones de creciente exclusión provocadas, o al menos exacerbadas, por la misma globalización.

En síntesis, son múltiples las disciplinas, enfoques y perspectivas doctrinarias a partir de las cuales se puede examinar el proceso y las dimensiones o vectores de la globalización. Para los objetivos de esta reunión, interesa desmenuzar los componentes básicos de la globalización a fin de permitir un examen de su sustentabilidad en el tiempo, interesa identificar las oportunidades y amenazas para los países de la región y interesa, por último, vislumbrar tipos, formas y mecanismos de respuesta ciudadana.

Globalización, mercado y democracia

Como el proceso de globalización ha cobrado fuerza a partir de la caída del Muro de Berlín, no son pocos los que se apresuraron en declarar "el fin de la historia", colocando en un mismo plano la liberalización de los mercados y la democracia (FUKUYAMA, 1990). Esto se explica en buena medida por el agotamiento de un tipo de Estado intervencionista como modelo de organización política, en el cual se encauzaba simultáneamente los objetivos políticos (de integración nacional), económicos (de crecimiento) y sociales (de redistribución del ingreso). Con el agotamiento de este modelo, pasamos ahora por una fase dominada por un mercado que es, por definición, unidimensional, dirigido exclusivamente a los objetivos económicos, pese a las esperanzas de que este se constituya en un nuevo modelo de organización social que articule los objetivos políticos, económicos y sociales anteriormente integrados por la acción e intervención del Estado.

Pese a ello, los análisis que postulan que la economía de mercado y la democracia son aspectos indisolubles del modelo al final triunfante de economía de mercado, constituyen en verdad una interpretación engañosa y simplista de la verdad histórica del liberalismo, el cual ha separado siempre al liberalismo económico del liberalismo político (véase al respecto TOURAINE, 1994). El desarrollo histórico de las luchas sociales sugiere también que la destrucción de un tipo de Estado no puede ser confundido con la construcción de uno nuevo. Que la crisis económica, precisamente la de las economías de mercado central planificado, haya sido responsable por la caída del Estado omnipresente no puede llevar al disparate de concluir que será esa forma específica de funcionamiento de la economía internacional que proveerá las fundaciones de un nuevo tipo de sociedad y de ordenamiento político del Estado. De hecho, el mercado nunca ha sido un principio fundacional de la organización social, aunque por cierto condicione el comportamiento **económico** de los actores sociales en cuanto productores y consumidores.

No hay que perder de vista tampoco la metamorfosis de nuestra percepción respecto del mercado. En los siglos XVII y XVIII, el mercado se expandió por la vía del comercio, convirtiéndose en un elemento "civilizador" para contener el arbitrio de la aristocracia. En consecuencia, en el siglo pasado no se veía al mercado como un modelo en oposición al Estado, sino como instrumento de transformación de las relaciones sociales hacia niveles superiores de sociabilidad. En el presente siglo, en cambio, es precisamente el Estado que pasa a ser considerado como el contrapunto bondadoso para contener las fuerzas ciegas del mercado que, abandonadas a sí mismas, serían incapaces de realizar la felicidad humana. Pareciera en tanto que en la actualidad de nuevo se considera al mercado como sinónimo de libertad y democracia. Conviene recordar las advertencias de Fernando Henrique Cardoso sobre esa tendencia. Dice Cardoso que "todo lo que fue construido como un paso necesario para asegurar la democracia, la reglamentación para corregir las distorsiones del mercado da marcha atrás... en el vaivén de la historia el mercado comienza dulce, después se vuelve amargo; se pasa por el Estado suave, después el Estado es bestia feroz, más adelante el mercado es recuperado nuevamente como el "ábrete, sésamo" de la felicidad universal... Renace así la esperanza de un mercado *soft*, suave, dulce". Lo peor de todo, como concluye Cardoso, es que engancharse en la defensa extrema del mercado es signo de modernidad y no se pregunta el precio que el pueblo paga por el encogimiento del Estado (CARDOSO, 1995).

La economía de mercado, que, en verdad, ha estado desde siempre con nosotros aunque con distintos matices, es excelente generadora de riqueza, pero es también productora de profundas asimetrías sociales (véase al respecto GUIMARÃES, 1990b). Por eso mismo, el Estado no puede renunciar a su responsabilidad en áreas claves como la educación, el desarrollo científico y tecnológico, la preservación del medio ambiente y del patrimonio biogenético, y traspasarlas al mercado. Esto no contradice la tendencia a la expansión del liberalismo económico, que también obedece a una evolución histórica más

que a un capricho ideológico. Pero se impone adaptar la economía de mercado a nuestras condiciones y posibilidades reales. Cuando se propone, por ejemplo, la privatización de los servicios sociales y de la infraestructura productiva, hay que precisar los términos de la propuesta. ¿Esto acaso significa, a título de ilustración del argumento, que la educación superior --sin duda la más costosa económicamente y la más socialmente regresiva de los niveles educativos-- deba dejar de ser universal y gratuita, pasando a atender únicamente la élite de los pudientes? No necesariamente, si uno entiende que privatizar, en el sentido de hacer que los beneficiarios de un bien común hasta hoy entregado por el Estado se hagan cargo de sus costes, no debe confundir los beneficiarios del bien entregado con los que lo reciben directamente. ¿Quiénes son los verdaderos beneficiarios de una masa de trabajadores educada? Obviamente que el sector productivo. Si esto es así, "privatizar la educación" debiera significar el aporte de capitales privados a la manutención de las universidades, lo que no sería ninguna novedad incluso en los países campeones del libre mercado. Propender pues a este tipo de entendimiento respecto de la privatización haría justicia al progreso de la humanidad, cuya evolución, al rescatar la educación de la aristocracia y tornarla universal, estaría ahora siendo echada por la borda en razón de intereses marcadamente elitistas alentados por la crisis financiera.

Es cierto que la sacralización del Estado ha producido importantes desajustes en el pasado reciente, pero habría también que evitar la sacralización del mercado, que puede producir resultados aun más nefastos. El equilibrio entre ese tipo de maniqueísmo disfrazado en pragmatismo pos-moderno sólo puede ser encontrado en la política. De ahí la necesidad urgente, para poder contrarrestar los efectos sociales, políticos y culturales de la globalización, la actualización de la política a los tiempos modernos; la reforma política, si se quiere, del Estado (GUIMARÃES, 1996). Más que la reforma del Estado en su vertiente administrativa y económica, la reforma de la política y de los cimientos de la organización social se perfila como una forma privilegiada para fortalecer, a la larga, la resistencia ciudadana a la globalización.

Estado, partidos, gobernabilidad y calidad de la política

Lo anterior me permite subrayar cómo la globalización que ha llevado al "endiosamiento" del mercado, ha llevado también a la "demonización" del Estado, lo cual, como diría Silvio Rodríguez, "no es lo mismo, pero es igual". Nadie cuestiona que el Estado latinoamericano se encuentra en la actualidad sobre-dimensionado, sobre-endeudado y sobre-rezagado tecnológicamente. Antes de una simple consecuencia de la incuria de gobernantes populistas "irresponsables" como intentan convencernos los nostálgicos del autoritarismo y los apóstoles del neoliberalismo, tales predicamentos responden a una realidad histórica de consolidación de sociedades nacionales y de "despegue" del crecimiento que no se puede descalificar a la ligera. En verdad, muchos de los desafíos

actuales, principalmente en América Latina, guarda una relación directa con la formación social de la región y con el propio proceso político en décadas recientes (GUIMARÃES, 1990a).

La crisis del sistema político tiene su raíz en la no resolución de la crisis oligárquica a través de los intentos populistas, reformistas, desarrollistas y otros. Pero la crisis del Estado es también una crisis de formas de hacer política, con importantes repercusiones para la gobernabilidad. El desencanto de la política es la contrapartida del auge de la ideología neoliberal, llevando a niveles de paroxismo las relaciones entre lo público y lo privado en favor del interés privado (véase al respecto GUIMARÃES y VEGA, 1996). No debiera sorprender que todo lo que es público, incluyendo al "hombre" público y más precisamente al político, sea visto con sospecha o desencanto. No debe sorprender tampoco el surgimiento de nuevos liderazgos que se originan en esferas distintas de la actividad política, pretendiendo legitimar su liderazgo en base a sus actividades privadas (como son los casos de Berlusconi, Collor y Fujimori, entre otros).

Si la gobernabilidad se definía hasta hace muy poco en función de la transición de regímenes autoritarios a democráticos, o en función de los desafíos antepuestos por la hiperinflación y la inestabilidad económica, ésta se funda hoy en las posibilidades de superación de la pobreza, de la marginalización y de la desigualdad (CALDERON, 1995). Como afirman las Naciones Unidas en un informe reciente sobre el Desarrollo Humano, nadie debiera estar condenado a una vida breve o miserable sólo porque nació en la clase equivocada, en el país equivocado o con el sexo equivocado (PNUD, 1994). Las nuevas bases de convivencia que proveen de gobernabilidad al sistema político requieren pues de un nuevo paradigma de desarrollo que coloque al ser humano en el centro del proceso de desarrollo, que considere el crecimiento económico como un medio y no como un fin, que proteja las oportunidades de vida de las generaciones actuales y futuras, y que, por ende, respete la integridad de los sistemas naturales que permiten la existencia de vida en el planeta.

Se antepone a ello el desprestigio a que se ha sometido la actividad política. Las élites políticas han caído en un descrédito tan profundo y generalizado que contribuyen con ello al debilitamiento de las instituciones democráticas. En muchos países la actividad política está cuestionada tanto en su potencialidad para entregar certezas de conductas objetivas para la vida individual y social como en su capacidad para orientar la conducción del Estado. Como señala en un trabajo reciente Juan Enrique Vega, esta inclinación se expresa en una visión de los parlamentarios más como detentores de privilegios irritantes que como servidores públicos o como la expresión de una asamblea de ciudadanos, representativos del pluralismo político de la sociedad, de la diversidad cultural, religiosa, regional y de intereses sociales y económicos, cuya responsabilidad es procesar y convertir las posiciones particulares en objetivos nacionales compartidos

(VEGA, 1995). Los partidos políticos, a su vez, pierden su calidad de portadores de ideas y proyectos de largo alcance, y no parecen constituir un espacio de ciudadanía, de formación cívica y de sociabilidad. Tienden a ser percibidos más como seleccionadores de personal de segunda línea que como escuelas de generación de grandes líderes públicos o conductores de primer orden.

El resultado de la globalización y de la sacralización del mercado conlleva pues a generalizar las críticas hacia los políticos y sus organizaciones. Y es en el vacío de la política que los grupos económicos, los medios de comunicación de masa y los resquicios oligárquicos del pasado reciente enquistados en los nichos clientelistas del Estado, todos travestidos en agentes de la modernidad basada en la ideología neoliberal, pasan a definir la agenda pública y a actuar como poderes fácticos de gran influencia en la resolución de los problemas nacionales. Contribuye para ahondar aún más este vacío el discurso del achicamiento del Estado, que puede ser caracterizado como un discurso típicamente antipartido, que alimenta la visión de la política como la arena donde se 'disfrazan' los intereses particularistas de grupos que sólo se mueven por apetitos de poder. Esto queda aún más claro cuando se percibe que el discurso neoconservador de achicamiento del Estado no significa el fortalecimiento de la sociedad civil sino de los agentes económicos privados, muchas veces acompañados precisamente por demandas de "flexibilización" de las demandas sindicales y, en general, de debilitamiento de los actores no mercantiles. El discurso de la globalización es, por tanto, anti-Estado y, más que eso, anti-Política (véase al respecto CUNILL, 1995).

No obstante, desde una perspectiva democrática, independientemente de la pertinencia de juicios con los que esta actividad y este oficio son asediados, no existen postulaciones capaces de defender sólidamente la tesis que la elaboración y gestión de la vida pública pueda realizarse sin la mediación de la política. El problema principal que está planteado es el de la calidad de la política (véase al respecto VEGA, 1995). Y esta calidad se mide por la capacidad que tenga esta actividad para asumir y enfrentar las exigencias que presentan nuestras sociedades en sus actuales procesos de desarrollo económico, cultural y social. Los partidos políticos, a su vez, son insustituibles para la profundización de la democracia, para el mantenimiento del consenso mínimo alrededor de un proyecto nacional y para la transformación del estilo de desarrollo concentrador y excluyente todavía vigente, razones por las cuales es fundamental recuperar el prestigio de la actividad y de las instituciones políticas en los países de la región.

El desprestigio de la política encierra riesgos considerables de producir graves consecuencias ideológicas y para la gobernabilidad. A fin de cuentas, del cuestionamiento de la política al cuestionamiento de la democracia el límite es muy estrecho, tenue ¡y peligroso! Uno de los problemas que acarrea el desencanto con la actividad política y la decadencia de los partidos políticos es precisamente el deterioro de la idea de futuro, a

través de la cual una comunidad se autodefine a partir de un diagnóstico relativamente compartido sobre lo que acontece en el presente y lo que se quiere impulsar para transformar la realidad actual. En ese sentido, el futuro del Estado está íntimamente asociado al futuro de la política en América Latina. Sin ella, volveremos al mundo del mercado, no en el buen sentido --del mercado que educa, del mercado que suaviza, del mercado que civiliza-- sino del mercado casi como guerra; y el mercado como guerra genera un Estado para poner orden en las cosas, lo cual no sería el Estado democrático, el Estado de derecho, sino su opuesto (CARDOSO, 1995).

Actores sociales e institucionalidad democrática

Por otra parte, la fragmentación de intereses, el "silencio" de los movimientos sociales, el cortoplacismo que ha plagado la acción de importantes actores sociales --los sindicatos, por ejemplo tienden a agotar sus energías nada más que en garantizar fuentes de trabajo-- todo ello lleva a la pérdida de cohesión social y de las prácticas solidarias que cimientan la unidad nacional. La violencia que se verifica en las grandes metrópolis latinoamericanas, por ejemplo, tienen relación con la pobreza socioeconómica y la marginalidad política, agravados por los fenómenos de creciente penetración del narcotráfico y de la corrupción. De hecho, problemas como los de la violencia o del narcotráfico no deben ser encarados desde la perspectiva económica de "consumo", sino a partir de sus implicaciones para el bienestar social y los valores superiores de convivencia democrática. Un país como Costa Rica, que no dispone de un ejército regular, gasta en seguridad privada el equivalente a un ejército como el de Nicaragua. El narcotráfico, que dicho sea de paso representa la única "transnacional" genuinamente latinoamericana, globalizada y exitosa (desde la óptica de la economía de mercado...), que moviliza miles de millones de dólares anuales y da empleo a aproximadamente un millón de trabajadores y campesinos, debe ser considerado también por el impacto ambiental que produce. Estimaciones recientes indican que se ha triplicado el área plantada con coca y amapola, compitiendo de esa forma con superficies fértiles que podrían contribuir para la seguridad alimentaria de muchos latinoamericanos. Solo las plantaciones de hoja de coca alcanzaron en Bolivia, Colombia y Perú las 200.000 hectáreas en 1995, equivalentes al doble de la superficie cosechada con maíz en Chile. Por último, si bien es cierto que el impacto de la droga en términos de consumo empieza a tener importancia en América Latina, lo es aún más en su capacidad de corromper nuestro sistema de valores, y de poner en jaque la estabilidad de nuestras democracias.

El problema que se plantea, desde el punto de vista institucional y de los actores, es que, como sugiere Alain Touraine, "contrariamente al sentido común, América Latina es un continente en donde ha habido siempre la escasez de actores sociales; un continente lleno de situaciones revolucionarias pero en donde en los últimos 50 años movimientos

genuinamente revolucionarios casi no han existido" (TOURAINÉ, 1988). En efecto, en los ochenta pudimos evidenciar el resurgimiento de algunos movimientos sociales de importancia, sin embargo, los procesos de concertación y de consenso entre los distintos actores se concentraron casi exclusivamente en crear condiciones para asegurar el paso de regímenes autoritarios a sistemas democráticos. En cambio, los esfuerzos de concertación siguen enmarcados hoy día por la necesidad de respaldar políticas económicas de corto plazo para restablecer los equilibrios macroeconómicos y regular las relaciones entre Estado, empresarios y sindicatos. El vacío del espacio público a que se hizo mención anteriormente, y que ha sido copado por los actores más representativos de la tecnocracia y del empresariado, ha resultado en el debilitamiento considerable y generalizado de la acción colectiva y de los movimientos sociales. A tal punto que hasta hablar de 'actores sociales' y de 'sociedad civil' puede parecer nostálgico o excesivamente idealista (GARRETON, 1994).

En un mundo sin actores o, mejor dicho, un mundo en el cual los actores sociales tradicionales han sido sustituidos por "la opinión pública", que se manifiesta por medio de encuestas de opinión en sustitución a movilizaciones populares, y que es seudorepresentada por los medios de comunicación de masas en reemplazo de las instituciones representativas del pasado (partidos, sindicatos, gremios), el problema central pasa a ser cómo fortalecer el desarrollo del sistema político para forjar el consenso en torno de proyecto nacional que pueda hacer frente a las fuerzas avasalladoras de la globalización. Los nuevos temas incorporados al debate público, como el de la sustentabilidad ambiental, a la par con la profundización de los problemas no resueltos de equidad y justicia social, plantean, de por sí, desafíos que van mucho más allá de las cuestiones exclusivamente macroeconómicas planteadas por la globalización. Esto no podrá representar, en definitiva, la recomposición del Estado intervencionista del período de sustitución de importaciones, que sólo miraba el ombligo de su país, pero tampoco tiene viabilidad como el Estado "mínimo" --eufemismo para referirse a inexistente-- preconizado por las opciones neoliberales de aperturismo comercial y financiero.

La desmovilización de la sociedad, el tecnocratismo y la fragmentación de los problemas e intereses constituyen sólo una cara de la realidad. Del otro lado están la internacionalización de la economía, la estatización de los recursos y la consiguiente explotación del patrimonio nacional de acuerdo con criterios privados para la asignación de recursos. Esos aspectos hacen sumamente difícil una relación menos perniciosa entre crecimiento, justicia social y sustentabilidad ambiental en América Latina. El primero hace que sea problemático para la sociedad organizarse autónomamente en torno a cuestiones que guardan una relación directa con el bienestar de la población; el segundo incorpora una nueva lógica de desarrollo que es antitética con la gestión equitativa de los recursos nacionales.

A modo de síntesis, se podría sugerir que los principales desafíos que presenta la globalización en nuestros países se refieren, sobre todo, al fortalecimiento --en algunos casos, la construcción-- de la democracia política, extendiendo las instituciones democráticas, en particular las leyes y la administración de justicia, a todas las esferas de la vida económica y social. Esto requiere, de igual modo, el fortalecimiento de la democratización social, extendiendo los derechos de ciudadanía a los grupos excluidos de la sociedad, principalmente ahora que se han "silenciado" y fragmentado como actores sociales, pero que siguen siendo considerados, a lo menos, como innecesarios --de hecho, como amenaza-- por los ya plenamente incorporados en la sociedad nacional "globalizada". No tiene sentido, por tanto, proponer el rescate de la "deuda social" provocada por el patrón de acumulación todavía vigente, o aún la corrección de "distorsiones" de un proceso de modernización social trunco. Lo que existe es un proceso de construcción de ciudadanía en donde la incorporación de algunos sectores se produce a costa de la mayoría y a costa de los ecosistemas.

La sustentabilidad social y ambiental del desarrollo exige, desde luego, la democratización del Estado, y no su abandono y sustitución por el mercado (GUIMARÃES, 1994 y 1995a). Que la falencia del Estado autoritario de lugar a propuestas de desmantelamiento del aparato regulador público equivale al dicho popular de "echar al bebé junto con el agua del baño". No está demás reiterar que las dificultades provocadas por situaciones extremas de desigualdad social y de degradación ambiental no pueden ser definidas como problemas *individuales*, constituyendo de hecho problemas *sociales*, colectivos. No se trata simplemente de garantizar el acceso, vía mercado, a la educación, a la vivienda, a la salud, o a un ambiente libre de contaminación, sino de recuperar prácticas colectivas (solidarias) de satisfacción de estas necesidades.

No se puede dejar de destacar que "acorralado" o habiendo sobrevivido a su casi "extinción" en manos de los apóstoles del neoliberalismo, el Estado se presenta sin duda "herido de muerte". Su principal amenaza proviene del entorno externo. La internacionalización de los mercados, de la propia producción, y de los modelos culturales, pone en entredicho la capacidad de los Estados para mantener la unidad e identidad nacional, provocando la fragmentación de su poder monopolista para manejar las relaciones externas de la sociedad, y fortaleciendo los vínculos transnacionales entre diversos segmentos de la sociedad. De persistir la tendencia verificada en la década pasada, cuando el Estado asumió muchos de estos vínculos (p.e., la negociación de la deuda externa privada), habría el riesgo de tornar las políticas llevadas a cabo por el Estado en nada más que la ambulancia que recoge los heridos y desechables de una globalización enmarcada por la ideología neoliberal, en un contexto en el cual gran parte de las decisiones que son fundamentales para un país y para la cohesión social se toman fuera de su territorio y mediante actores totalmente ajenos a su realidad económica.

El reduccionismo economicista y la "ética" de la globalización

No puedo dejar de cerrar mis provocaciones con una reflexión general respecto de la **ética** (véase al respecto GUIMARÃES, 1995b). Me parece que se impone superar con urgencia el economicismo que contamina el pensamiento contemporáneo sobre la globalización y el proceso de desarrollo. La economía necesita, al respecto, rescatar su identidad y sus propósitos iniciales, su raíces como **oikonomia**, el estudio del aprovisionamiento del oikos, o del hogar humano, por una feliz coincidencia, la misma raíz semántica de la ecología. Desgraciadamente, con la aceleración de los tiempos de la pos-modernidad, la economía ha dejado de estudiar los medios para el bienestar humano, convirtiéndose en un fin en si mismo, una ciencia en la cual todo que no posea valor monetario, todo respecto del cual no se pueda establecer un precio, carece de valor. Esto se está convirtiendo en uno de los fetiches más perniciosos de los tiempos modernos, y muchos de nosotros lo aceptamos sin siquiera esbozar reacción. Sin embargo, y pese a nuestra ceguera, una ceguera muchas veces interesada --cuando vendemos nuestra capacidad crítica a cambio de una cuota extra de consumismo y de acumulación material-- la realidad empírica nos demuestra que la acumulación de riqueza, es decir, crecimiento económico, no constituye y jamás ha constituido un requisito o pre-condición para el desarrollo de los seres humanos.

Es más. Las opciones humanas de bienestar se proyectan mucho más allá del bienestar económico, puesto que es el **uso** que una colectividad hace de su riqueza, y no la riqueza misma, el factor decisivo. Los números nos indican con suficiente claridad que países con niveles equivalentes de riqueza económica poseen niveles de bienestar radicalmente distintos. Si lo anterior no fuera suficiente, bastaría con recordar que las cuatro décadas del pos-guerra revelan el dinamismo más impresionante ya registrado por la economía mundial, y particularmente por las economías latinoamericanas, sin que esta acumulación de riqueza haya significado nada más que la acumulación de la miseria, de las desigualdades sociales y del deterioro ambiental.

En definitiva, el modelo de crecimiento actual --el estilo, las características y la dirección de una globalización sin identidad cultural-- indica simplemente que no funciona, que no responde a las aspiraciones del bienestar de los seres humanos. En pocas palabras, o crecimiento globalizado es parte del problema. Difícilmente será parte de la solución, porque jamás lo ha sido. Pocos discuten, por ejemplo, que la profundización de los procesos de globalización ha acentuado también la tendencia de reintegrar la naturaleza a la economía. En ese sentido, creo innecesario reiterar las críticas de que la valoración de los recursos naturales supone que los ciclos ecológicos obedecen a los tiempos y procesos económicos, sociales y culturales, un supuesto que no se compadece de la realidad de los ciclos vitales de la naturaleza. Paul Streeten decía que los economistas se dividían en dos mitades, una que no sabe nada, y la otra que no sabe que no sabe nada. Quien acaso discrepe de este juicio que escoja en qué mitad se ubica...

Por otro lado, la globalización de los mercados, con la consiguiente incorporación mercantilizada de la naturaleza, plantea también cuestiones fundamentales de orden ético. Así como nosotros no admitimos argumentos económicos de ningún tipo para justificar que se quite la vida de un ser humano a cambio de algún beneficio comercial, al asumirmos, de igual modo, el derecho "ontológico" a la vida como un valor moral aplicable también a las especies no-humanas y a los ecosistemas, al problema del horizonte temporal y de las tasas de descuentos resultan ser irrelevantes. El problema, para las generaciones futuras obviamente, de recibir mayores estoques de capital económico a cambio de menores estoques de capital natural sin poder expresar su deseo de que así sea, se resume a que el proceso de globalización torna homogéneos valores, prácticas y costumbres culturales disímiles. El "valor" de la destrucción del bosque chileno, o de la Amazonia brasileña, es muy distinto para los chilenos y brasileños que para los norteamericanos, japoneses y otros, mientras los "beneficios" pueden ser, si uno acepta una hipótesis optimista por cierto, globales.

Comentarios finales: la globalización de la cultura

Me gustaría finalizar mi intervención poniendo el acento en las implicaciones **culturales** del proceso de globalización, que consiste en homogenizar los patrones de consumo, aunque con una cierta diferenciación de productos para atender a la segmentación propia del mercado. Esto ha significado una creciente concentración de la producción, a la par de la creciente expansión del consumo de imágenes y símbolos de "modernidad" que están provocando la virtual disolución de identidades culturales nacionales y regionales al interior de cada país. En un contexto como este, las posibilidades de un desarrollo económico nacionalmente autónomo, como también las posibilidades de contrarrestar la erosión de formas tradicionales de organización social, política y cultural parecen hoy insostenibles. De la manera como está planteada la globalización, o por lo menos la difusión de la ideología neoliberal que subyace a la globalización, pareciera que a nuestras sociedades sólo les queda optar por dos alternativas. O bien se integran, en forma subordinada y dependiente, al mercado-mundo, o no les quedará otra que la ilusoria autonomía del atraso.

Si embargo, el verdadero problema que se debe debatir no es la obvia existencia de tendencias hacia la inserción en la economía globalizada, sino qué tipo de inserción nos conviene, qué tipo de inserción permite tomar las riendas del crecimiento en bases nacionales, y qué tipo de inserción permite mantener la identidad cultural y la cohesión social en nuestros países. Como indican Alfredo Calcagno, padre y hijo, en un excelente libro publicado en Argentina respecto de la ideología neoliberal, "se afirma que debemos subir al tren de la modernidad (como si hubiera uno solo), aunque no sepamos si va donde queremos ir, e ignoremos si nos van a subir como pasajeros o como personal de servicio,

al que se devuelve al punto inicial una vez terminado el viaje, o si a la llegada seremos trabajadores inmigrados. Es decir, nos aconsejan que como países adoptemos una conducta que ningún liberal (y tampoco una persona cuerda) seguiría en una estación ferrocarril" (CALCAGNO, 1995).

No tiene sentido intentar refundar una nueva sociedad sobre la base de un movimiento de expansión de mercados, aún más cuando se reconoce como motor de la globalización el desarrollo tecnológico. Si esto podría ser cierto en términos netamente productivos, la evolución de la humanidad indica que son los juicios de valor los que deben dirigir el cambio tecnológico, sencillamente porque sin éstos el ser humano se queda sin su humanidad. El afán del crecimiento ilimitado, basado en la creencia en el desarrollo tecnológico igualmente ilimitado, lo único que produce es la alienación de los seres humanos, convirtiéndolos en robots que buscan sin cesar la satisfacción de necesidades que a cada día menos relaciones tienen con las necesidades de supervivencia y de crecimiento espiritual. Pese a que hemos sido llevados a creer ciegamente que mientras más nos transformemos de ciudadanos en consumidores, más nos acercaremos a la libertad y a la felicidad, la verdad es que nos tornamos menos humanos en el camino. Mediante un sutil proceso de adoctrinamiento, recompensas, castigos y una ideología adecuada, generalmente se realiza esta tarea sin grandes dificultades. En verdad, se la realiza tan bien que la mayoría cree que obedece a su propia voluntad, y no advierte que su voluntad ha sido condicionada y manipulada en favor de la globalización.

Es curioso notar, al respecto, las palabras de Marx escritas hace más de un siglo, cuando la internacionalización del capitalismo se encontraba todavía gateando y nadie podría imaginar a que punto íbamos a llegar. Reflexionando sobre la propiedad privada y la distinción entre **ser** y **tener**, decía Marx: "la propiedad privada nos ha vuelto tan estúpidos y parciales que un objeto sólo es nuestro cuando lo tenemos, cuando existe para nosotros como capital o cuando directamente lo comemos, lo bebemos, lo usamos, lo habitamos, etc., en resumen lo **utilizamos** de alguna manera... Así **todos** los sentidos físicos e intelectuales han sido reemplazados por la simple alienación de **todos** estos sentidos; cuanto menos **seas** y cuanto menos expreses tu vida, tanto más **tienes** y más alienada está tu vida... todo lo que el economista te quita en la forma de vida y de humanidad, te lo devuelve en la forma de dinero y riqueza" (MARX, 1975).

En contraste al ser que **tiene** pero no **es**, advierte Erich Fromm, "El amor [y la solidaridad] nos es algo que se pueda tener, sino un **proceso**... Puedo amar, puedo **estar** enamorado, pero no **tengo**...nada; de hecho, cuanto menos tenga, más puedo amar".

Contrariamente al precepto máximo del neoliberalismo "consumo, ergo soy", con su corolario de "si yo consumidor, soy un ciudadano libre", señalaba Fromm hace más de dos décadas: "Tener libertad no significa liberarse de todos los principios guías, sino la

libertad **para crecer** de acuerdo con las leyes de la estructura de la existencia humana; en cambio, la libertad en el sentido de no tener impedimentos, de verse libre del anhelo de tener cosas y el propio ego, es la condición para amar y ser productivo" (FROMM, 1978).

Hoy, quizás más que en cualquier período reciente de la historia, corresponde reiterar la advertencia Albert Schweitzer, al recibir el Premio Nobel de la Paz en 1952, cuando desafió al mundo a "atreverse a enfrentar la situación del ser humano que se ha convertido en superser, pero cuyo poder sobrehumano no ha alcanzado el nivel de la razón sobrehumana" (FROMM, 1978). Tiene razón Schweitzer. Se impone despertar nuestra conciencia para el hecho de que todos nos volvemos más inhumanos a medida que nos convertimos en consumidores en la sociedad global. Ojalá encontremos como este nos permitan efectivamente despertar. Muchas gracias.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- CALCAGNO, Alfredo E. y CALCAGNO, Alfredo F. (1995) - *El Universo Neoliberal: Recuento de sus Lugares Comunes*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- CALDERON, Fernando (1995) - "Gobernabilidad, Competitividad e Integración Social", *Revista de la CEPAL*, No. 57, diciembre, pp. 43-54.
- CARDOSO, Fernando Henrique (1995) - "Estado, Mercado, Democracia: ¿Existe una Perspectiva Latinoamericana?", *Socialismo y Participación*, No. 71, septiembre, p 85-94.
- CUNILL, Nuria (1995) - "La Rearticulación de las Relaciones Estado-Sociedad: En Búsqueda de Nuevos Desafíos", *Reforma y Democracia*, N° 4, julio, pp. 27-58.
- FROMM, Erich (1978) - *¿Tener o Ser?*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FUKUYAMA, Francis (1990) - "¿El Fin de la Historia?", *Estudios Públicos*, N°. 37, verano, pp. 5-31.
- GARRETON, Manuel A. (1994) - "New State-Society Relations in Latin America", Colin I. Bradford, Jr., ed., *Redefining the State in Latin America*, Paris, Organization for Economic Co-Operation and Development, pp. 239-49.
- GUIMARÃES, Roberto P. (1990a) - "El Leviatán Acorralado: Continuidad y Cambio en el Papel del Estado en América Latina", *Estudios Internacionales*, N° 63, abril-mayo, pp. 45-81.
- _____. (1990b) - "Desarrollo con Equidad ¿Un Nuevo Cuento de Hadas para los Años Noventa?", *SINTESIS: Revista Documental de Ciencias Sociales Iberoamericanas*, Madrid, N° 10, enero-abril, pp. 15-68.
- _____. (1994) - "El Papel del Estado en Una Estrategia de Desarrollo Sostenible", Mario Ojeda et al., *Desarrollo Sostenible y Reforma del Estado en América Latina y el Caribe*, México: El Colegio de México e Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, pp. 97-141.

- _____. (1995a) - "Desarrollo Sustentable: ¿Propuesta Alternativa o Retórica Neoliberal?", *EURE: Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, N° 61, diciembre, pp. 41-56.
- _____. (1995b) - "Desenvolvimento Sustentável: Da Retórica à Formulação de Políticas Públicas", Conferencia inaugural del Simpósio Internacional "*O Desafio do Desenvolvimento Sustentável e a Geografia Política*" organizado por la Unión Geográfica Internacional y el Laboratório de Gestão del Territorio del Departamento de Geografía de la Universidad Federal de Rio de Janeiro, realizado en Rio de Janeiro de 22 a 25 de octubre, doc. mimeo.
- _____. (1996) - "El Leviatán en Extinción? Notas sobre la Reforma del Estado en América Latina", *Situación*, Bilbao, N° 1996/1, junio.
- GUIMARÃES, Roberto P. y VEGA, Juan Enrique (1996) - *Partidos Políticos y Gestión Estratégica del Estado*, Santiago de Chile, Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social, doc. mimeo.
- MARX, Karl (1975) - *Marx y Su Concepto del Hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 6ª reimpresión.
- PNUD (1994) - *Informe sobre Desarrollo Humano, 1994*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TOURAINE, Alain (1988) - *La Parole et le Sang*, Paris, Editions Odile Jacob.
- _____. (1994) - "From the Mobilising State to Democratic Politics", Colin I. Bradford, Jr., ed., *Redefining the State in Latin America*, Paris, Organization for Economic Co-Operation and Development, pp. 44-65.
- VEGA, Juan E. (1995) - *Política y Calidad de la Política: Reflexiones sobre la "Crisis de la Política"*, Santiago de Chile, Corporación Paz y Justicia, doc. mimeo.